



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14032

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 5 DE SEPTIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Loyette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jonez, 51, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
43 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORG Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal

LOS CURANDEROS

Leemos en «El Liberal» de Murcia. «Ha terminado el expediente insólito contra un curandero del barrio del Carmen, cuyas diligencias se han pasado al juzgado correspondiente.

Según parece, ha habido día que ha despachado trescientos cántaros de agua, convertida por él en «milagrosa».

Como estos expedientes de los cuales se suelen desprender algunas veces causas criminales por usurpación de funciones profesionales, suelen instruirse por virtud de denuncia de los subdelegados de medicina ó de farmacia, brindamos el anterior sueldo á los subdelegados de Cartagena, pues aquí también disfrutamos, por desgracia, de una interminable serie de intrusos en las profesiones médicas, que cínica y descaradamente funcionan con toda libertad, con grave peligro de la salud y aun de la vida de los pobres flusos que acuden á consultarles.

Preguntemos á los médicos titulares de las diputaciones y ellos mejor que nosotros contestarán á estas afirmaciones nuestras, relatando el verdadero calvario que tienen que sufrir en el ejercicio de su honrada y noble profesión, luchando sin descansar con esos descarados curanderos que explotan la candidez de los ignorantes y los desesperados por sus dolencias crónicas.

Quizá sea Cartagena y su término municipal una de las poblaciones más castigadas por esa plaga, pues aquí existen hasta mujeres que ejercen públicamente de curanderos y tienen abierta permanentemente una consulta y las puertas de la cárcel por el ejercicio ilegal de profesiones para las cuales es condición indispensable poseer el oportuno título académico.

A los médicos y practicantes corresponde en primer término reprimir esos abusos, denunciando á las Autoridades médicas, todos los casos de intrusismo de que tengan conocimiento.

Notas alegres

Todo á máquina!

La mecánica, con sus admirables progresos, todo lo invade, y no pasa día en que no se registre alguno de sus maravillosos triunfos. Se hace á máquina, se escribe á máquina, se transmite la voz y el pensamiento á enormes distancias, se corre, se vuela, se investigan las profundidades oceánicas, todo á máquina. Lo único que no se hace á máquina es pensar y sentir.

Y, sin embargo, se piensa y se siente mucho, pero ya no es como en otros tiempos, en que lo que se pensaba y lo que se sentía elevaba el espíritu y el corazón. Ahora, se piensa en el vil metal, y se siente el vértigo de las

grandezas. No por ello ha de culparse á las generaciones actuales, porque ellas no tienen culpa de lo que sucede.

La mecánica es la responsable de todo, porque ha ido aumentando las comodidades y el bienestar; pero como ya no hay guerras, por haberse dulcificado las costumbres, como no hay epidemias, por haber progresado la higiene, hay menos motivos para que perezcan en la lucha social los soldados de fila, y eso dá por resultado el vigor de las multitudes.

Son muchos á participar de ese bienestar y de los progresos modernos. En otro tiempo, que indicaba el poeta, las gentes se contentaban con muy poco. Los muy ricos poseían algunas talegas y media docena de yuntas, y vivían casi lo mismo, después de sus victorias, de sus triunfos y de sus éxitos, que antes, cuando todo les ofrecía dificultades y trabajo.

Aquellos buenos señores de antaño que lograban hacerse ricos, no podían comprar automóviles, ni viajar en sleeping kar, ni levantar hoteles llenos de lujo enloquecedor, ni en fin, tenían ocasiones tan frecuentes y propicias para derrochar sus fortunas, y vivían como unos pobretones, guardando sus caudales en ollas que enterraban en el corral de su casa, haciendo vida patriarcal.

Ahora no es posible hacer eso, porque el que logra hacer fortuna, se deslumbra enseguida, y la corriente de los tiempos le impulsa á dar la vuelta al mundo en los grandes expresos, derramando el dinero á manos llenas por todas partes. Por eso hay sed de oro, trusts, monopolios, grandes negocios, y eso que en América llaman rey del acero, rey del petróleo, rey del carbón.

Hay muchos multimillonarios, pero también hay millares de millares de gentes miserables que viven muriendo, sin esperanzas, sin consuelos, sin dinero, sin aire, sin luz y hasta sin moscas. Todo ello es efecto de los adelantos, que van mejorando para unos las condiciones de la existencia, y dificultando para otros la lucha por el vivir.

Mas no por eso hay que renegar del progreso y de la civilización, á los cuales ya les llegará su turno para que evolucionen en el sentido de mejorar las condiciones de esa lucha horrible por la existencia, que hoy aplasta á los débiles y eleva á los fuertes.

Llegará un día en que todos puedan participar de los beneficios del progreso, y ese día, la fiebre del oro se extinguirá, no habrá pobres ni ricos; las máquinas trabajarán automáticamente para todos, y volveremos á los tiempos patriarcales, solamente que se diferenciarán de los pasados en que el hombre no vivirá sujeta como el árbol á un determinado sitio ó lugar, sino que recorrerá todo el planeta en todos sentidos y de todas las maneras.

Tal vez llegue el planeta á ser pequeño para tanto partícipe del bienestar, porque el progreso científico conseguirá matar el microbio de la vejez y prolongar la vida casi indefinidamente; y, ¿quién sabe? Acaso sea fácil con los futuros aeroplanos y avistores cuyas condiciones de existencia sean análogas á las nuestras.

No morir, no sufrir enfermedades no padecer hambre, ni sed, ni demasiado calor, ni demasiado frío; ser joven casi eternamente ¡qué bellas perspectivas! Pero, ¿no sobrevendrá el aburrimiento más monumental y experimentarán las futuras generaciones un empacho de comodidades y una plétora de bienestar que las haga infinitamente desgraciadas?

¡Oh, bendito poeta de mis tiempos, que te contentabas con una heredad en la casa, pan y amor! ¡Jesús, que felicidad! En los presentes torbellinos preludio de los futuros vértigos, ¿qué podrá desearse? ¿Cuál será el summum de la dicha, si todo se hace á máquina, y todo se consigue mecánicamente? Asusta pensarlo.

ABEL IMART.

Triste espectáculo

Ayer tarde, cuando mayor era la afluencia de transeúntes por la plaza de España é inmediaciones, cuando las lavanderas retornaban á sus hogares llevando á lomos de la pesada horriquilla el bulto de ropa sucia procedente de la ciudad, cuando los paseantes salen á oxigenar los pulmones respirando una atmósfera algo menos impura que la que á todas horas respiramos en los sitios que habitualmente frecuentamos, un verdadero enjambre de chiquillos astrosos é ineducados por añadidura se entregaban al peligroso sport de las guerrillas en las inmediaciones del barrio de la Concepción.

Huían los paseantes asustados ante la verdadera lluvia de piedras que se les venía encima, gritaban otros á los mozaletes intentando en vano que abanconaran aquellos contornos, pero estos, firmes en sus belicosos propósitos arreciaban en la pelea sin que hubiera fuerza humana que los detuviera.

A todo esto, ni un solo guardia, ni los guardas del ensanche ni nadie que representara autoridad, aparecía por aquellas inmediaciones.

Como este espectáculo—más propio de las kábilas rifeñas que de ciudades cultas—se repite por desgracia con demasiada frecuencia, como no ha sido la vez primera que de estas pedreas ha resultado lesionado algún transeúnte, nosotros suplicamos á

nuestras autoridades locales adopten medidas enérgicas todo lo más enérgicas que permitan las leyes, contra esos prematuros combatientes que sacrifican en aras de sus belicosas ardores, la seguridad de los transeúntes.

Nuestras carreteras

Comprendemos que las carreteras y caminos vecinales que depende del municipio se encuentren en malísimo estado debido á la situación verdaderamente precaria de nuestras arcas municipales, pero lo que no llegamos á concebir siquiera es, que las del Estado estén intransitables, pues esto no se debe á falta de recursos para su recomposición si no á un descuido altamente censurable.

Según leemos en la prensa de Murcia, el alcalde de Molina ha denunciado al Gobernador de la provincia el mal estado en que se encuentra la carretera de Albacete á Cartagena.

Es necesario haber tenido la desgracia de transitar por ella, para convencerse de la razón que asiste á dicho alcalde para formular la denuncia.

Esa carretera, como otras muchas de estas inmediaciones se encuentra convertida en un verdadero barranco y no pasa día sin que tenga que lamentarse algún vuelco, debido á los infinitos baches de que está sembrada.

Suponemos que el Sr. Barroso, atendida la denuncia, ordenando á la dirección de obras públicas de la provincia se proceda inmediatamente á su arreglo.

CUENTO DEL SABADO

EL MARTILLO

—¡Ha sido una locura!
—¡Un desatino!
—Es preciso que esa mujer le haya embrujado para que ese hombre olvide así á su difunta.
—Todos los hombres son lo mismo. Si hay uno bueno en la tierra es ese, Pedro.... y, ¡ya ven ustedes lo que pasa!

Los recién casados bajan la gradería de la iglesia asidos del brazo y agitados de una comitiva compuesta de obreros de la herrería donde Pe-

dro trabajaba y de amigos y amigas de la desposada.

Debía celebrarse un gran banquete y luego un baile, contra la voluntad del marido, el cual, sin embargo, no había tenido más remedio que ceder ante las exigencias de su esposa, niña de dieciséis años, en cuyas manos había puesto su honor y su felicidad.

II

Hacia un año que Pedro se había casado, y apesar de haberse acrecentado su amor, distaba de ser dichoso.

Pedro iba á cumplir cuarenta años, y Juana, su mujer, era coqueta. Al volver á su hogar, después de un día de penoso trabajo, encontraba á veces á su esposa charlando y riendo con jóvenes del pueblo.

Por más que se tratase de estúpido y no quisiese hacer caso de aquellas conversaciones inocentes, no podía arrancar de su corazón el terrible tormento de los celos.

A cada instante se le imprimía la lacerante y perdida idea. Junto á su martinete, cuando hacía vibrar bajo los golpes de aquella pesada maza el hierro candente no veía más que á Juana, con su sonrisa irónica, misteriosa, falsa y provocativa.

Pedro sufría en silencio, y Juana no sospechaba que una pena oculta devorase el corazón de su marido.

Aquella mujer no había visto en Pedro más que al hombre enamorado, á quien podía manejar á su antojo. Además, el deseo de satisfacer su orgullo llamándose la mujer del mejor trabajador de la fábrica, le había decidido á dar su blanca mano á Pedro. Pero Juana no le amaba.

No, los celos no son ciegos, porque aguzan los sentidos y afinan la visión. Pedro se veía envuelto en una atmósfera casi hostil. Notaba la mentira que le rodeaba, y oía voces misteriosas que le decían: «Te engañan. Y su suplicio se agravaba de día en día con las heridas que su idea fija hacia cada vez más profundas y enconadas.

III

Un sábado en que Pedro estaba de tanda nocturna, desde la seis de la tarde hasta las seis de la mañana, ocurrió una avería en el martinete que no pudo ser reparada de momento, y que dió lugar á que los obreros se retirasen á sus domicilios.

EL ALIMENTO DE LOS DIOS 188

de los seres humanos debidos á la heracleofobia, y en su virtud, Caterham, monopolizando la ley, ordenó que prendieran á Cosar y al sabio Redwood porque, no satisfechos con haber producido personas tan descomunales, alentaban á éstas contra el orden de cosas establecido por el acompasado andar de los tiempos. Cosar se le fué á Caterham de entre los dedos, pero el viejo Redwood cayó en su manos y quedó á disposición suya.

Redwood había sufrido una operación quirúrgica como consecuencia de la enfermedad que sufría en un costado y, dada su situación, ordenaron los médicos que se le ocultara todo lo que pudiera producirle algún disgusto, hasta que entrara en franca convalecencia. Se le dió, por fin, de alta, y al encontrarlo ahora nosotros se acababa de levantar de la cama y de sentarse junto á la chimenea para leer un f-jo de periódicos, por los cuales se enteró de la agitación del país, de la subida de Caterham al poder, y del peligro que corrían su hijo y la princesa, perseguidos por la justicia, la cual se había euvalentado con la muerte de Caddles, según hemos dicho.

En los últimos periódicos que tenía Redwood, se aseguraban de una manera vaga los acontecimientos que sobrevendrían. El anciano leía y volvía á leer angustiada por los anuncios primeros de la calamidad, anuncios de muerte, cada vez más

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 185

Caddles siguió gruñendo; el inspector leyó la orden á las largas una: en el acto se presentaron cuatro hombres armados de fusiles, que tomaron posiciones á lo largo de la pared. Caddles se espantó al ver los fusiles, pues recordó los tiros de las escopetas de los labradores de Wreakehouse.

—¡Van ustedes á disparar contra mí!—gritó.

—Así se hará—dijo el inspector que lo cubrió con el cañón.

El inspector trató de saltar la pared de nuevo, y en el momento, y desde una altura de treinta metros, cayó sobre él un poste eléctrico dejándolo hecho una tortilla.

Trousaron los fusiles y volaron la valla, el suelo y el sub suelo. Algo más voló también alpiendo de líquido rojo las manos de unos de los tiradores: éstos iban de un lado para otro disparando sus armas con arrojo. Caddles, atravesado ya por dos balas, dió una vuelta en redondo con objeto de averiguar quién era el que le había pegado en la espalda con tanta fuerza, y por un instante pasaron ante sus ojos las casas, los lavaderos, los jardines y las personas que le observaban desde las ventanas: todo giraba en su retina de una manera misteriosa y terrible. Dió unos traspiés; levantó y volvió á dejar caer la maza, y se echó no-